El cebo

MARES
NEGROS

Tomás García Yebra

El cebo

Primera edición: septiembre de 2009

© Tomás García Yebra, 2009
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2009
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-72-7
Dep. Legal:

Maquetación de interiores y diseño editorial: JMLl

Motivo de la cubierta: Recreación del célebre cartel que hizo Jano para la película *El Cebo*, de Ladislao Vajda. Realizada por César Calvar y Nieves Tejada a partir de un dibujo de Álvaro García Zarzalejos.
Fotografías del autor: © Pedro Antonio Manzanero, 2009

Impresión y producción gráfica: Gráficas Apel

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El cebo

Diviértete para que se diviertan los demás

HÖLDERLIN

Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra

VICENTE HUIDOBRO

DRAMATIS PERSONAE

En orden arbitrario relacionamos los principales personajes y algunos figurantes que intervienen en la historia.

Leoncio González Segovia: Alcalde de Las Navas del Marqués.

Samuel González, alias Triclinio: Jefe de la Guardia Municipal de Socuéllamos, primo del alcalde de Las Navas y hermano del celebérrimo Manuel González, alias Plinio.

Doña Rosa: Dueña de la fonda Florida.

Baronesa Fiona Mülberg: Dama rica, arisca y posesiva.

Gert Froebech: Marido y chófer de la baronesa Fiona.

Mauricio Labrador: Párroco de la iglesia Nuestra Señora de la Asunción.

Grítil Móser: Niña de nueve años asesinada en el pinar.

Mariló Fernández: Niña de ocho años asesinada en el pinar.

Isidro Peláez: Sargento de la Guardia Civil.

Carmen Carreño: Maestra de escuela.

Santiago Monsalve: Peluquero ambulante.

Anamaría: Niña de nueve años, rubia. Se peina con cola de caballo.

Eva Salgado: Madre de Anamaría. También se peina con cola de caballo.

Lorenzo Pacioli: Sobrestante de la Renfe.

Matilde Pacioli: Hija de Lorenzo Pacioli. Amiga de Anamaría.

Juanito Gandía: Anarquista profesional.

Antonio Campano: Tabernero.

Germán Guerrero: Médico.

Toroyo: Guardia civil.

Rafael García: Resinero.

Braulio Seisdedos: Porquero.

Tío Frutas: Frutero de Hoyo de Pinares.

Soraya: Borrica del tío Frutas.

Bonifacio Latorre: Hombre solitario, buscador de chatarra.

Felipe Mazarroa: Cabrero.

Rodrigo Orbachotorena: Alto cargo de la Unión Resinera Española.

CAPÍTULO I

Estamos en Socuéllamos. La Mancha. Mayo de 196...

Para entrar en esta historia hablaremos en primer lugar del protagonista, Samuel González, alias Triclinio. Este hombre era el hermano pequeño —y desconocido— del celebérrimo Manuel González, alias Plinio, jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso (G.M.T.). Triclinio, al igual que su hermano, tenía intuición y pálpitos (físicamente se parecían mucho), pero, a diferencia del admirable Plinio, Samuel González no había resuelto un caso en su vida.

Aun así, y merced a las influencias familiares, logró trepar hasta la jefatura de la Guardia Municipal de Socuéllamos.

Méritos —que se sepa— no había contraído ninguno, aunque bien es cierto que en Socuéllamos no ocurría nunca nada.

Esa calma chicha era la que esgrimía Plinio para promocionarle.

—Le temen —decía el jefe de la G.M.T.—. Sus poderes disuasorios son comparables a los que emplean los americanos en la guerra fría.

Las malas lenguas de Tomelloso —en todos los pueblos hay saliva y salivazos— aseguran que Plinio le debe mucho a Samuel. Murmuran estas gentes que algunos de los casos más sonados, como el de *El rapto de las Sabinas* o *El reinado de Witiza*, los resolvió Triclinio desde Socuéllamos. Y aventuran más: los memorables pálpitos de Manuel eran en realidad chivatazos telefónicos del hermano.

Sea como fuere, en mayo de 196... (no precisemos tan funesta fecha) se presentó un caso que iba a poner a prueba las dotes policiales de Samuel González.

Resulta que en el pueblecito de Las Navas del Marqués, en la provincia de Ávila, cerca de la escuela, había sido asesinada una niña de ocho años. Una compañera suya, no muy lejos de aquel paraje, corrió la misma suerte el año anterior. Las dos presentaban un profundo corte en la garganta, magulladuras en los muslos y la cara desfigurada. El asesino, según el informe del forense, se había ensañado con ellas.

Los vecinos de la localidad, de apenas tres mil quinientos habitantes, estaban aterrorizados. El alcalde, don Leoncio González Segovia, decidió avisar a su primo Samuel. El edil tenía fe ciega en él. A Manuel le respetaba, pero su ojito derecho fue siempre el hermano pequeño.

—Estoy convencido de que puedes dar con el paradero de ese malnacido —le dijo en conferencia telefónica.

Samuel bajó del sobrado la maleta de madera. Guardó la guerrera, la pelliza, tres pantalones, varias camisas, unas cuantas mudas, las zapatillas de felpa, los útiles de aseo, la preciosa pistola Hammerli y dos novelas de Georges Simenon: *Maigret tiende un lazo* y *Maigret y el fantasma*.

«Si se me olvida algo, lo compro». Esa era su fórmula mágica para viajar relajado.

El autocar de línea le trasladaría a Madrid y un tren de cercanías le llevaría hasta Las Navas del Marqués, situado a ochenta kilómetros de la capital.

CAPÍTULO II

En las proximidades de Ocaña el coche de línea rompió el palier y Samuel llegó a la estación del Norte con dos horas de retraso. No pudo coger el cercanías de la mañana. Tuvo que esperar al Salamanca de las tres y media.

Este ómnibus tenía más presencia que las unidades de cercanías. Había billetes de primera, de segunda y de tercera. Además, el furgón de cola disponía de un balcón que permitía viajar al aire libre.

Como era día de feria, el Salamanca iba hasta los topes. El jefe de la G.M.S. tomó un billete de tercera —de los últimos que quedaban— y se acomodó en su asiento. Enfrente se

sentó una señora de mediana edad, las greñas recogidas en un moño. Entre las piernas sujetaba una cesta de mimbre.

Samuel desenvolvió el bocadillo de jamón que había comprado en la estación del Norte y comenzó a dar cuenta de él.

Mientras mordisqueaba el currusco miró para la cesta de mimbre. Notó que de cuando en cuando se movía. También notó que hacía ruido.

De repente se abrió una de las dos tapas y apareció una cresta, dos ojitos y un pico. La señora, violentamente, cerró la trampilla.

—¡Estate quieta, jodía boba! —le dijo a la gallina.

Samuel se limpió la boca con un pañuelo.

—Por mí no lo haga. Si la gallina quiere asomarse, que se asome.

—Me da apuro. Por el revisor. La otra vez me dijo que me apeara en la siguiente estación.

—¿Y se apeó?

—No.

—¿Qué hizo?

—Le solté una fresca.

—¿Qué le dijo?

—Le dije que mis gallinas no hacían mal a nadie y que buscara mejores razones si quería descabalgarme del tren.

Después del bocadillo, Samuel estiró las piernas y se quedó adormilado. Luego se despabiló y recorrió el Salamanca en toda su longitud.

Por la parte de la cabecera, junto a la máquina, estaban situados los vagones de primera. A cada compartimiento se accedía por una puerta corredera. Los asientos eran mullidos y cómodos, parecían sofás. Cada uno de los reposabrazos iba cubierto con un paño de encaje de color crema. Encima de los asientos se incrustaba un espejo. Debajo del espejo había un pequeño cojín para apoyar la cabeza. Por encima sobresalían los portaequipajes. En una malla se colocaban los sombreros, los periódicos y los objetos de menor peso.

Samuel se recostó en el pasillo, encendió un *caldo* y miró por la ventanilla. Le gustaba el tren —más que el automóvil—, pues en los trenes podía paladear tranquilamente el fluir de sus pensamientos.

«Algún día me subiré al Orient Express», caviló, al tiempo que sus ojos se detenían en una enorme roca. La roca, además de roca, hacía las funciones de valla publicitaria: «Caramelos Paco», ponía.

En las proximidades a El Escorial el convoy fue perdiendo gas. Entró en la estación muy despacio. Cada vez iba más lento. Finalmente le crujieron todos los hierros y se detuvo de forma brusca. Bajaron unos cuantos viajeros y subieron otros.

Al cabo de seis o siete minutos, el factor hizo sonar su silbato y el Salamanca emprendió de nuevo la marcha. Cuando empezó a coger velocidad, Samuel apreció a través de una arboleda el monasterio que mandó erigir Felipe II.

Sólo lo conocía por las postales y de haberlo visto en el No-Do. «Los franceses se desviven por ver El Escorial y los españoles recorremos dos mil kilómetros para ver los jardines de Versalles... Qué empecinamiento en el error; si la emoción nunca está fuera. Ni lejos».

Apuró el *caldo*. Sus ojos, ahora, miraban sin ver. Por las fosas de la nariz salían dos cañones de humo.

El Salamanca dejó atrás las estaciones de Zarzalejo y Robledo de Chavela.

Cruzó de vagón en vagón (estaban unidos por un fuelle que, a su vez, servía de pasamanos) hasta alcanzar el último, el del balcón de madera. El tren, después de dejar la estación de Santa María de la Alameda, se introdujo por varios túneles. El paisaje, antes monótono y pedregoso, comenzó a tapizarse de pinos y de jaras.

Samuel percibió el olor que venía del campo. A lo lejos, después de una curva, vio un rebaño de vacas. Pastaban en una hondonada. El aire le acariciaba con fuerza. Se sentía bien.

El jefe de la G.M.S. había averiguado —hasta donde pudo— algunas de las características del pueblo. Le dijeron que la leche era de las mejores de Castilla, y que sus habitantes

—sobre todo ellas— duraban más que la pana. La tía Herminia, la más longeva, cumpliría Dios mediante ciento seis años. Y la tía Chiquita, hija del tío Gaudencio, iba camino de los ciento tres.

Los galenos atribuían a los pinos propiedades expectorantes y broncodilatadoras. Se respiraba un aire de sierra, un aire que secaba, curtía y abría el apetito. Un aire, en definitiva, que proporcionaba mucha salud.